

flexioneis que hay hombres cuyos nombres estan consagrados por el tiempo y por los homenages de la imparcial posteridad. Solo el nombrarlos es excitar en las almas, aun de los que no han leído sus obras, sentimientos de admiracion, y recordarles los talentos é ingenios mas sublimes que ha producido la humanidad. No tratamos de ofrecer á vuestro respeto ídolos forjados por el espíritu de partido, y derrocados luego por la verdad: de sacar del olvido nombres oscuros, ni de prevalernos del testimonio de escritores desconocidos, ó de una reputacion dudosa; ántes bien consentimos en no citar aquí á ninguno de aquellos escritores de una clase inferior, aunque estimables, hábiles y sábios. ¡Pero qué serie de grandes hombres voy á presentaros, aunque no es mi ánimo nombrar á todos (1)!

[1] Cualquiera que reflexione, que el señor Obispo de Hermópolis escribía estos discursos para batir en brecha á los filosofos impíos, á los incrédulos, ateistas y deistas que niegan toda revelacion, y para quienes es indiferente creer ó no creer, no deberá extrañar que entre los grandes personajes del cristianismo que se han citado en comprobacion de ella, se valga tambien S. E. en esta cuestion y en el discurso siguiente de la nombrada de algunos heterodoxos, cismáticos y protestantes, que aunque enemigos de la igle-

En las ciencias intelectuales y metafísicas y en la alta filosofia, ¡qué sublimidad la de Bacon, la de Pascal, la de Arnould, de Locke, de Descartes, de Mallebranche, de Clarke y de Leibnitz!

¡Qué crítica, qué erudicion, qué extension tan vasta de conocimientos la de un Erasmo, de un Usserio, de un Baronio, de un Duperron, de un Renaudot, de un Tomassino, de un Tillemont, de un Monfaucon, de un Mabillon, de un Sirmond, de un Petavio, de un Bechart, de un Vossio, de un Huet y de un Fleury!

¡Qué fondo de doctrina en los jurisconsultos, en los publicistas y magistrados como Tomas More, l'Hopital, Dumoulin, Talon, Bignon, Seguier, Le Teller, Poussort, Grocio, Puffendorf, Lamoignon, Domat, y d'Aguesseau!

sia romana, y disidentes en varios puntos del dogma y de la doctrina católica, al fin creen en Jesucristo, y en la vida futura; estan acordes en varios artículos capitales del catolicismo; y son por eso ménos sospechosos á los incrédulos, impíos y demas sectas referidas, siendo su testimonio para esta casta de gentes del mayor peso y autoridad. Tengase presente esta nota siempre que el Autor cite en apoyo de las verdades que asienta á los que todo católico conoce por cismáticos, protestantes y heterodoxos, ó á lo menos sospechosos de heregía por sus doctrinas peligrosas, y cuyos escritos en parte *redolent jansenismum.*

¡Qué talentos singulares, qué poetas, qué oradores y qué escritores el Tasso, Malherbe, Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Massillon, Corneille, Racine, Boileau, Lafontaine, Polignac, La Bruyere, Addison y Juan Bautista Rousseau!

En las ciencias naturales, físicas, y matemáticas, creo que son bastantes esclarecidos los nombres de Copérnico, de Galileo, de Newton, de Kepler, de Boyle, de Boherhaave, de Hoffman, de Sidenham, de Vanswieten, de Haller, de Jussieu, de Reaumur, de Linneo, de Bernoulli, de La Caille y de Euler.

Si quisiese nombrar á los grandes políticos, á los grandes capitanes y grandes artistas que han sido cristianos, y cristianos piadosísimos, ¡qué nueva lista podria formar de nombres para siempre memorables! No dejaré sin embargo de haceros presente, aunque de paso, que no fueron impíos aquellos hombres ilustres cuyo elogio ha hecho Fontenelle.

¡Cuán consolador es, señores, para un cristiano advertir que no hace mas que caminar por las huellas de tantos grandes ingenios! ¡Y deberá cuando se ve precedido en la fe por los hombres mas grandes y mas sublimes afigirse por el murmullo de todos esos sofistas modernos que nos acusan de simples y de crédulos!

He citado hombres de un ingenio superior, y tales, que si han tenido iguales, muy pocos los han sobrepujado. Si ciertos novadores ó espíritus singulares han insultado su memoria en algunos momentos de desvarío, su nombre sin embargo ha triunfado de las injurias de la envidia, como de las del tiempo; y los ultrajes de un delirio pasajero no han conseguido otra cosa que hacer mas profunda y unánime la veneracion que merecian su talento y sus virtudes.

¡Y qué se ha imaginado para eludir ó debilitar la autoridad de estos grandes hombres á favor de la religion? Se ha dicho primeramente que no habian examinado las cosas con la severidad de una crítica rigurosa; que todo su cristianismo dependia mas del nacimiento y de la educacion que de la razon, y por consiguiente que su fe no era ilustrada. Se ha dicho tambien que guiados por sentimientos de cierta condescendencia para con las opiniones erróneas, habian profesado por política ó por miedo una religion en que no creian, y que por tanto su fe no era sincera. Se ha dicho no ménos que los grandes hombres que he citado no estaban acordes sobre los puntos de su creencia pues unos eran católicos y otros protestantes, y que así su fe no era uniforme. Por último, se ha

dicho que su autoridad á favor de la religion está contrapesada por la de los eruditos que se han declarado contra ella. Esto es, señores, á mi parecer todo lo que se puede objetar.

Se dice primeramente que su fe no era ilustrada; pero sin hablar particularmente de los escritores del estado eclesiástico que por razon de su ministerio y por la naturaleza de sus estudios particulares estaban profundamente versados en la ciencia de la religion, como los Polignac, los Fenelon, los Bossuet, los Huet, los Mabillon y otros muchos, ¡cuántos no podria citar de entre los grandes hombres, dedicados mas especialmente á las letras y á las ciencias humanas, que estaban perfectamente instruidos en las materias de la religion! El que primero se presenta á la cabeza de las ciencias humanas entre los modernos, Bacon, ha dado en sus obras pruebas de su vasto saber en esta materia: el fisico, el geómetra Pascal, ha dejado acerca de la religion *Pensamientos* cuya sublimidad asombra. El famoso médico Boerhaave era muy versado en la lengua caldea y en la hebrea, y en la crítica del nuevo y del viejo Testamento: el padre de la física experimental, Boyle, se ha mostrado en muchos escritos pagnirista ilustrado de la revelacion: el metafísi-

co Loke compuso su *Cristianismo razonable*. El sublime fisico Newton hizo un tratado sobre la concordancia de los Evangelios; el sabio jurisconsulto Grocio compuso un excelente *Tratado de la verdad de la Religion*: es bien conocido tambien el hermoso capítulo de La Bruyere acerca de los *Espíritus fuertes*. Leibnitz y d'Aguesseau eran muy sabios teólogos: el literato Addisson ha expuesto en una obra particular las pruebas del cristianismo: Hoffman, uno de los mas grandes médicos que jamas ha habido, y Haller, uno de los mas grandes fisiologistas, han dejado uno y otro diversos escritos contra los incrédulos: el ideólogo, el naturalista Carlos Bonnet, ha compuesto sus *Indagaciones filosóficas acerca del cristianismo*. En fin, el primer geómetra del siglo XVIII, Euler, ha dejado *Cartas* llenas de ideas excelentes contra los ateos y los deístas. ¿Y se nos dirá despues de esto que la fe de estos ilustres escritores no era ilustrada? Miraban con un interes demasiado vivo la religion, como un deber demasiado serio el practicarla para que no fuese objeto de sus reflexiones y de su estudio. Asi pues yo no sé como calificar la acusacion que se hace á estos grandes hombres de no haber sido su fe examinada por la razon.

Mas infundado todavía es decir que estos grandes hombres aparentaban creer, pero que no creían en la realidad. ¿En qué se funda en efecto tan grave acusacion? ¿Cuáles son sus pruebas? No nos contentemos con ligeras conjeturas: no, señores, se necesitan pruebas incontestables. Cuando en el comercio de la vida pasaria por un insigne calumniador el que sin motivo legítimo se propasase á hacer sospechosa la fe de un hombre cualquiera, ¿cómo deberémos calificar los indignos manejos de esos sofistas que nos presentan como charlatanes á los mas célebres defensores y panegiristas de la religion? Cuando su fe, sus escritos, su vida así pública como privada, sus virtudes, su muerte, la opinion misma de sus contemporáneos deponen á su favor; cuando todo nos dice que eran tan cristianos en el corazon como exteriormente, ¿será permitido á vanos detractores convertirlos en hipócritas sin el menor motivo ni aun aparente, y solo porque á ellos les agrada ser impíos, y porque se reconozcan humillados á la vista de tantos grandes hombres, y como abrumados con el peso de su ingenio y de sus virtudes?

Es conocer muy mal el corazon humano imaginar que tan grandes personajes habrian

de haber sido impíos, sin dejar traslucir su impiedad en sus escritos, en sus conversaciones ó en sus cartas, en ese comercio de la amistad en que el corazon se desahoga enteramente. La probidad tiene un carácter peculiar, y la verdad rasgos característicos que no puede contrahecer la impostura. El hipócrita se da siempre á conocer en alguna cosa sin advertirlo él mismo; pero cuando la conducta de un grande escritor está de acuerdo con sus escritos, cuando nada hay positivo ni incontestable en que fundar la sospecha de hipocresía, ¿qué deberémos pensar del que se atreviese á intentar hacerle tal acusacion?

Es cierto que ha habido escritores ó personajes que han aparecido con lucimiento en la escena del mundo, y cuya fe es sin embargo sospechosa; pero esto es cosa que nadie ignora, ya porque se infiera de sus mismos escritos, ya porque sus confianzas se hayan hecho despues públicas, ya por ciertas anécdotas, ó últimamente por la historia, que conservando sus nombres ha conservado tambien las sospechas concebidas acerca de su religion; y esto mismo sucederia respecto de los grandes hombres que he citado, si su religion no hubiese sido sincera. Tenian ademas una alma demasiado elevada

para escribir tanto y de un modo tan terminante á favor de una religion que hubiesen despreciado; y si la hubieran respetado solo por política, nunca hubieran sido tan bajos ni viles que se hubiesen hecho sus apologistas. No creer en una religion, y sin embargo defenderla; mirarla como falsa, y á pesar de esto presentarla como verdadera y como divina, seria figurar como sofistas tenebrosos, que quieren hacer de la verdad un negocio de interes. Enhorabuena que aunque dichos grandes hombres no hubiesen estado convencidos de las verdades del cristianismo, hubiesen respetado sin embargo su culto exterior, pero no habrian tenido la simpleza y el valor de practicar sus virtudes.

Se quiere que Montaigne no haya sido mas que un precursor de la incredulidad; pero sin pretender justificar todo lo que ha salido de su cínica y desordenada pluma, no puede sin embargo dudarse segun sus escritos, su conducta, y aun sus últimos momentos, que su adhesion á la religion era sincera, y que su escepticismo no versaba acerca de ella: se ha pretendido igualmente hacer pasar á Bacon y á Leibnitz por lo que se llama filósofos; pero léanse las dos obras intituladas, una *el Cristianismo de Bacon*, y otra *Pensamientos de Leibnitz sobre la*

*religion y la moral*, y se verá cuán loca y desatinada es semejante pretension. Tambien se ha intentado hacer pasar á Pascal por ateo, abusando para ello de algunas palabras exageradas acerca de la debilidad de la razon, pero desentendiéndose enteramente de lo que en sus escritos lleva el sello de una conviccion profunda. Yo no me detendré en vindicar en particular la fe de Bossuet y de Fenelon: los ataques dirigidos contra ella han sido rechazados mas de una vez con una fuerza tal que deberia impedir renovarlos, si los enemigos de la religion pudiesen cesar de combatirla por los medios ménos legítimos; y á la verdad, cuando se sabe que el obispo de Meaux defendió el dogma y la moral con el tono de la conviccion mas profunda, sostenida por la práctica de todas las virtudes; que Fenelon con todo el candor de su alma se mostró hasta el último suspiro penetrado de los sentimientos de la mas tierna piedad, cualquiera conoce que se necesita toda la impudencia de una imaginacion desenfrenada para atreverse á atacar la sinceridad de la doctrina de estos dos ilustres prelados de la iglesia galicana. Queda pues demostrado que la fe de nuestros grandes hombres era tan sincera como ilustrada.

Se dice en tercer lugar que su fe no es uniforme, y que su division debilita su autoridad. Es cierto, señores, que despues del siglo XVI han estado divididos acerca de ciertos puntos de la revelacion; pero esta misma fatal division sirve para dar mas fuerza y mas lustre á la unanimidad de sus opiniones acerca del fondo del cristianismo. Que muy grandes talentos, dominados por el imperio de la educación, por la política ó la vanidad, en una palabra, por las pasiones, se extravien alguna vez, es cosa que desgraciadamente se ha visto en todos tiempos; pero ¿de dónde procede que hombres nacidos en comuniones diferentes, y divididos por preocupaciones nacionales convengan sin embargo todos en mirar la religion cristiana como la obra de Dios; que se humillen ante ella como ante una barrera sagrada, y que si disputan sobre algunos artículos de la doctrina de Jesu- cristo le reconozcan sin embargo todos como enviado por Dios para iluminar á los hombres? ¿De dónde procede esta conformidad de los espíritus mas sublimes, mas independientes y mas incapaces de debilidad y de disimulacion? Su division acerca de algunos puntos nace de las preocupaciones y de las pasiones de que algunos de ellos no han querido libertarse; pero su

conformidad acerca de la existencia de una revelacion divina no puede explicarse sino por la impresion que en todos ha hecho la verdad, y que ha sido el resultado del exámen mas profundo. La verdad es pues la que los ha subyugado, y ved aquí como la diversidad de su doctrina sobre algunos puntos hace mas admirable su concordancia sobre todo lo demas.

Ultimamente, se nos objetará que la autoridad de los grandes hombres que han creido en la religion en los tres últimos siglos, se halla equilibrada por la autoridad de los eruditos que la han combatido. Esto ofrece una discusion bastante extensa é interesante para hacerlo objeto de una conferencia particular. En ella veremos lo que se debe pensar de los presuntuosos ingenios incrédulos; pero entretanto os recordaré estas memorables palabras de uno de las gefes de la incredulidad, de d'Alembert en su *Memoria* sobre la vida de *Juan Bernoulli*: vedlas aquí literalmente: „Bernoulli era sinceramente adicto á la religion, y la respetó toda „su vida sin ostentacion y sin fausto. Entre sus „papeles se han hallado pruebas de sus sentimientos á favor de ella, y es necesario aumentar con su nombre la lista de los grandes hombres que la han mirado como la obra de Dios;

„lista capaz aun ántes de examinarla de hacer „dudar á los mejores ingenios, y suficiente á lo „ménos para imponer silencio á una multitud „de conjurados, débiles enemigos de algunas „verdades necesarias á los hombres, que Pascal ha defendido, que Newton creia, y que „Descartes ha respetado.”

¡Cuán dulce es para un frances y para un cristiano haber podido vindicar ante vosotros la fe de esos grandes hombres que han sido la gloria de la religion, y de aquellos en particular que al mismo tiempo han sido la gloria de nuestra patria! Ilustres por su talento, é ilustres no menos por sus virtudes, se presentan á nuestra vista rodeados de cuanto es capaz de grangearles nuestro respeto y nuestros homenages. ¿Y el ver á los mas hermosos ingenios someter su inteligencia al yugo de la fe, no será un motivo poderoso para que los incrédulos desconfien de sus opiniones irreligiosas, para que el cristiano vacilante se afirme en la religion, y para que el cristiano sumiso la profese con mas confianza? En las obras de estos inmortales secuaces del cristianismo que he traído á vuestra memoria, se halla lo que tienen de mas sutil la dialectica, de mas exquisito la erudicion, de mas secreto las ciencias, de mas penetrante la ra-

zon, de mas elevado el sentimiento, y lo mas amable y heroico que posee la virtud; y para gloria de la religion nunca podrá negarse, que los mas sublimes descubrimientos en todos los ramos de nuestros conocimientos se deben á hombres eminentemente religiosos. La virtud separada del ingenio inspira veneracion, pero no subyuga enteramente el entendimiento; el ingenio sin la virtud infunde desconfianza acerca del uso de sus fuerzas; pero la union de la virtud y del ingenio es lo mas á propósito para dominar y para arrebatar. En otro tiempo hacia el apóstol San Pablo la enumeracion de los santos personages de la antigua ley, que desde el origen del mundo habian dado testimonio de la revelacion primitiva por medio de un piedad magnánima; recordaba la fe de Abel, de Noé, de Abraham, de José, de Moises, de Samuel, de David y de los Profetas, y decia: „Ya que estamos pues rodeados de una tan „grande nube de testigos que han confesado „la fe por sus obras, corramos con valor en la „carrera que se nos ha propuesto.” *Tantum habentes impositam nubem testium, curramus ad propositum nobis certamen* [1]. Y nosotros, se-

(1) Hebr. XII. 1.

ñores, ponemos á la vista de la juventud esta serie de grandes hombres que desde el origen del cristianismo han honrado la humanidad y la religion con el brillo de su ingenio, y con el heroismo de sus virtudes, y le decimos: Temblad, ó jóvenes, blasfemar de lo que han adorado los grandes hombres; hágaos su autoridad mas circunspectos y mas reverentes: si ella no os subyuga, respetadla á lo ménos; y si no teneis valor para imitar las virtudes de tan ilustres personajes, tened la buena fe de examinar la religion que ha podido inspirárselas!

---

## LOS INCRÉDULOS

REPUTADOS POR SABIOS.

---

**E**L siglo de Luis XIV con todos los grandes hombres que ha producido, los cuales se glorian de profesar el cristianismo, y le defendian con sus escritos ó le honraban con sus virtudes; ese gran siglo, digo, no dejaba de ser por si solo una autoridad demasiado importuna para la incredulidad moderna; así es que esta ha intentado presentar como sospechosa ó poco ilustrada la fe de aquel tiempo, tan fecundo en grandes ingenios, sin reparar en acusarlos ó de haber aparentado una creencia que no tenian, ó de no haber creído sino por ignorancia y preocupacion. Ya en nuestro último discurso hemos vindicado suficientemente el mas hermoso de los siglos modernos de una acusacion tan odiosa como ridícula, y despues de un exámen